

El Huevo de la Serpiente

Alfredo Acle Tomasini©

El Huevo de la Serpiente es el título de una película de Bergman cuya trama toma lugar en la Alemania de principios de los veinte. La atmósfera social es la de un país derrotado, sumido en una profunda depresión económica, a lo que se agrega una hiperinflación aguda y la obligación de pagarle a los aliados daños de guerra. En esa pobreza sin esperanza, empieza a surgir el Partido Nazi y asoman, apenas, los rasgos brutales y fascistas que más tarde serían el sello del gobierno de Hitler.

Así se explica el título de la película, porque el huevo de la serpiente es translúcido, y por ende permite observar al producto que alberga antes de su nacimiento, e inferir cómo será cuando esto suceda.

Por tanto, resulta interesante usar esta analogía para examinar aspectos de nuestra realidad política nacional. Más a la luz de lo que pueden convertirse el día mañana, que lo que hoy son sus aspectos más obvios, que, quizá, por pintorescos nos atrapan en el debate de lo intrascendente. ¿Qué importancia tiene para el país si nuestros políticos si se saludan o se evitan?. Ellos nos han hecho creer que sus desavenencias equivalen a crisis políticas. Categoría hartamente elegante para poses nacidas del capricho y la arrogancia. Las verdaderas crisis políticas son las que tienen al pueblo como su protagonista, por ello resulta curioso que los políticos, no definan como crisis el hartazgo y el desencanto de la ciudadanía respecto a la democracia, lo que fue evidente en el elevado abstencionismo de las últimas elecciones.

No podemos negar que el populismo gana adeptos. La terquedad y la constancia para hablar a diario de todo asegura presencia en los medios y, sobretudo, en los oídos de quienes los escuchan. La compra cotidiana de voluntades entre sectores sociales cuidadosamente escogidos es una inversión cuyos dividendos se recogerán en las urnas, y cuyo estado de cuenta se manifiesta en las encuestas. Vivir apenas al borde del conflicto, para que cuando éste estalle se actué como una víctima que, inspirada en supuestos principios éticos inquebrantables, sólo busca defender las causas sociales, es un recurso astuto para ganar el favor del pueblo y asumir roles protagónicos.

Más el populismo es tan consustancial al político como un caracol a su concha. En nuestro país ya lo vivimos y, sobretudo, ya lo pagamos. No obstante, lo que preocupa no es que vuelva sino la forma cómo ahora se está haciendo presente, a la luz de las actitudes y dichos de su principal protagonista, que han empezado a calar en una población donde la riqueza, las oportunidades y la educación se reparten de manera muy desigual, y donde poco ayuda el magro desempeño de la economía nacional.

El discurso populista polariza a la sociedad, porque se plantea de una manera maniquea. Los buenos contra los malos; las fuerzas oscuras encapuchadas y con dientes de tiburón, contra las fuerzas blancas. No hay términos medios: conmigo o contra mí. El uso del pobre como moneda de cambio le hace pensar a éste que el simple ascenso al poder de quien dice

representarlo, no sólo le da una esperanza de que su situación mejore, sino en muchos casos la posibilidad de una revancha respecto a quienes más tienen. Y por lógica, éstos empiezan a sentirse amenazados y reaccionan en consecuencia.

La sociedad se tensa, y en su extremo, como ha ocurrido en Venezuela, llega al rompimiento. Su carácter divisorio es el riesgo más grave del populismo, porque sus efímeros protagonistas eventualmente se van, pero la reconciliación social y la reparación de los daños toma generaciones.

"Soy un rayo de esperanza"; "Entre la ley y la justicia siempre escogeré a la justicia"; "Si el pueblo me puso, que el pueblo me quite" son expresiones que en boca de quien pretende gobernar a un país, causan preocupación, porque además de reflejar una personalidad mesiánica, cuestionan el orden constitucional que tanto trabajo ha costado construir. Cabría preguntar qué pueblo lo puso si la mayoría de los votantes del Distrito Federal optaron por otros candidatos, o si conoce que el Poder Legislativo y Judicial también emanan del mismo pueblo.

Más allá del personaje, están las condiciones que lo vuelven protagonista. Se puede descalificarlo pero esto no basta para evitar sus riesgos, cuando no se crece y no hay empleo. Cuadran la cifras macro pero la realidad habla de hambre, miseria, y lo que es peor, de desesperanza. Éste es el abono del populismo. Así se ve a través del huevo de nuestra serpiente.